

Guillermo Koenenkampf

El encuentro

I



RA el mayor de los hijos de don Rupa Jiménez, dueño de una modesta hijuela al pie de la cuesta de la Retamilla. Cuando en las horas de descanso, el padre rasgueaba las cuerdas de la guitarra y entonaba a la par, con una voz de gangosa vibración, corridos «a lo divino y a lo humano» que él mismo iba sacando de su cabeza, el muchacho, desde un rincón del cuarto pintorreado de adornos y papeles brillantes, lo escuchaba con admiración y con envidia. Saboreaba estremecido las cosas que cantaba su progenitor, y en sus oídos se le quedaba resonando la musiquilla asonantada de los versos, y en su sentido, el sentido de las palabras. Y una música y unas palabras iguales le parecían venirle poco a poco desde muy adentro, como respondiendo a las improvisadas voces del cantor.

Escurría el muchacho, junto con los últimos rasgueos de la guitarra, el crecido cuerpo un tanto des-

goznado, por entre los horcones torcidos del parrón, y salía al ancho camino blanqueado de polvo que pasaba delante de la casa. El padre, con la guitarra aun sobre las piernas, le miraba alejarse, apretando silenciosamente las grises cejas paternas. ¿A dónde se iba cada vez el hijo, por los tibios caminos que se repartían hacia las distintas hijuelas de la rinconada, y de las que el vientecillo de la tarde traía a ratos musicales bordoneos?... En las noches, después de la merienda, cuando todos estaban juntos alrededor del brasero, encendían velas, y rezaban el rosario; y también, la novena de algún santo. Entonces, en los loores del santo o de la Virgen, la voz de Manuel María se elevaba de pronto por sobre las voces henchidas de devoción, de los demás; devota también, es cierto, pero libre, galana, rumbosa. Una voz muy señora de sí misma. Terminados los rezos y los cantos, la madre le reprendía:

—Hijo, que te pusiste a cantar así... tan... tan... tan...—y se quedaba, la buena madre, buscando en su imaginación unas palabras que no podía encontrar.

—¿Cómo dice usted que canté, pues madre...?—le interrogaba él, esquivando los pardos ojos maliciosos.

La madre, sin poder aún explicarse, seguía mirando al hijo, que escurría nuevamente por entre los cuerpos allí reunidos, su cuerpo «desgonzado».

A veces, cuando don Rupa andaba ocupado hasta más tarde que de costumbre en las labores de la cose-

cha, Manuel María se metía a hurtadillas al cuarto del padre y salía de allí con la guitarra colgando anhelosa. Se sentaba bajo el parrón cargado de racimos y de penumbras, y los chiquillos menores le rodeaban. El comenzaba a puntear y a sacar sonidos de las cuerdas, e iba entonando con una voz recónditamente quejumbrosa, como la del padre, las coplas más lindas y queridas... esas coplas que el padre había compuesto cuando se le murió el hijo pequeño:

«Rupertito está en el cielo;
Taita Dios se lo llevó...
y yo me quedé en la tierra
cantándole a Taita Dios!»

Después, también como el padre, sacaba versos humanos, de su propia cosecha. Les sacaba versos, primeramente, a sus hermanos, que le escuchaban regocijados y boquiabiertos; a su madre, que andaba por ahí con la escoba en la mano, simulando gravedad e indiferencia; al perro «Roldán», que aullaba junto a él, torciendo el hocico hacia los sombríos racimos de la parra; a todas las cosas. Y al fin, pausado y aparatoso, imitando la misma gangosa y devota entonación del padre, se ensayaba en componer algunos corridos «a lo divino», de esos más «rudos», que sólo don Rupa Jiménez era capaz de componerlos; y ahí, de pronto, ante alguna palabra inexperta, o profana o irreverente, le sonaba en la cabeza cubierta por la arriscada

chupalla campesina, el seco coscorrón que la señora Clemencia le endilgaba de través con el mango de la escoba. Sin irritación, pero con severidad, la madre le ordenaba:

—[Andate para la era, flojonazo, picaronazo, a dar una vuelta por allá mientras vuelve el Aniceto. Aniceto ero el viejo peón de don Rupa, el que dormía de noche sobre las parvas del trigo, cuidando que el «Malo» no mermara el montón de grano ya aventado, en cuya cúspide abría también sus brazos protectores una crucecita de palitos de romaza.

Y él, Manuel María, le daba un abrazo, con una risa entre burlona y regalona en las pupilas obscurecidas, a la severa madre, y se iba, camino a las eras venteadas, picoteando un racimo de uvas aun verdes; y subía y bajaba perezosamente las ondulantes lomas doradas por los postreros rayos de sol, que pestañeaban detrás de los cerros lejanos.

II

Era célebre, don Rupa Jiménez, en la Retamilla, y en El Blanquillo, y en El Romeral, y en muchos lugares de la comarca, por su don de poeta y de cantor. Y por su condición devota y laboriosa. Y era célebre y famosa su guitarra. El hombre la quería, a esa guitarra que le habían traído de regalo cuando él era aún guainita, los caballeros de las Casas de Catapilco, tanto como a su mujer, la prolífica señora Cle-

mencia. Tanto o más la quería, porque de ella le devenía el casto goce creador que no menguaba cada vez la fuerza de su espíritu, como menguaba la fuerza de sus músculos, los carnales goces que le había procurado la esposa. Quería a su guitarra con un amor religioso; con un sentimiento de adoración y de gratitud. Y, bajo las caricias de sus dedos, la guitarra parecía hablarle, y corresponderle.

También Manuel María la quería y codiciaba escondidamente, a esa preciosa guitarra de redondo vientre incrustado de madreperlas, así como el hijo suele querer y codiciar a la bella y prohibida hembra de su padre. La quería y codiciaba con amor incestuoso. ¡Si él la poseyera enteramente, y pudiese ir por ahí, a las fiestas de los domingos o a los velorios, y cantar al compás de sus cuerdas todas esas cosas que le bordoneaban a cada instante en la cabeza!

Una tarde en que don Rupa entró al cuarto con pasos morosos, en busca de la guitarra, la guitarra había desaparecido del silencioso rincón donde dormían sus cuerdas. Y había desaparecido de todos los rincones de la casa. Y de todos los rincones de la casa y del lugar, había desaparecido el hijo Manuel María.

El muchacho se había marchado llevándose la guitarra. Como un bandido que se rapta a una mujer, muy oculta y embozada en una manta de Castilla del padre, subió con ella, en la noche sigilosa, por el camino de la cuesta. Se fué hacia el otro lado, a la sin rumbo, y anduvo de aquí para allá durante algún tiem-

po. Dijeron que estuvo escondido por ahí, en una ciudad o en un barrio llamado Charravata, y que de noche salía a cantar en las fiestas de los arrabales. Y que después se había ido para el Puerto; y ahí se perdieron sus rastros. Y al fin, durante largos años, no llegaron a la casa noticias de él.

Es decir, nadie le daba al principio noticias ni nada le hablaban del muchacho, a don Rupa; el que, sentado bajo el parrón, callaba, mirando obstinadamente las copas de los perales, mientras sus dedos oprimían en rítmicos golpeteos los travesaños del ancho sillón de totora, como si fuesen el esbelto cuello de una guitarra, y sus labios se movían en silencio, rítmicamente. En balde las muchachas y las comadres de las vecindades le ofrecieron prestarle, para entretenimiento de sus ocios y aburrimientos, sus propias guitarras nuevecitas; y en balde también las gentes que acudían en las noches a sus novenas, y se placían después del rezo en oír sus agudos cantos tan inspirados, se las habían ofrecido entre ruegos. Don Rupa las había rehusado siempre. El podía comprarse otra. Pero pasaban los años, y no se la compraba...

El viejo, magüer severo, no era cerril ni taimado, y quería mucho a sus hijos; y con el irse de los días, recordaba acaso alguna vez al hijo que se le había ido por los malos caminos del mundo.

—¿Para qué quiero guitarra, yo, ahora?—mascullaba entre dientes, cuando le hablaban de ellas. Nada se arregla con otra guitarra... Y volvía a ensimis-

marse, mirando las tencas que se columpiaban en los cogollos de los perales, sin dar a entender su justo pensamiento.

Al cabo de muchos años, comenzaron a llegar, de tiempo en tiempo, noticias del hijo pródigo. Noticias oscuras, contradictorias; acaso puras fantasías. Que alguien le había visto por acá, por el lado de Petorca, en compañía de unos mineros abajinos; otros, decían que se había ido para una remota tierra que se llamaba del Fuego; y alguien más aseguró que trabajaba de «vaporino», acá, en el mismo Puerto... Vagabundeando, trabajando, sí, quién sabe, a lo largo de todo el Chile.

Nada decían de la guitarra. Nadie se acordaba ya de ella, de la famosa guitarra de don Rupa Jiménez. ¿Qué le iba a durar al muchacho mala cabeza, esa preciosa guitarra que, en caso de necesidad, bien valía sus buenos reales? A los primeros estrellones que el pobre hubiese tenido con las hambres y las necesidades de la vida, de seguro que la habría malogrado, la primera, la buena guitarra de don Rupa. ¿Y qué mayor interés podía tenerle, el muchacho sin tiento ni mollera, a ese instrumento que sólo era digno de tocarse por las sabias manos del padre, sino el de su valor en platita sonante? Para eso se la habría llevado... Y, don Rupa Jiménez, acaso no pensaba ya en ella; acaso ahora pensaba solamente en el hijo, al que el Malo se lo había llevado por los caminos engañosos, y al que le gustaría verle, sin embargo, antes de mo-

rirse, y darle su bendición. Sin esperanzas, y sin propósito alguno, todos los años tenía dispuestos, el buen viejo, en el silencio de su corazón, los dos o tres más hermosos corderitos cuaresmeros de su majadita, para... para... ¿para qué señor mío...?

III

Seguido de una improvisada comparsa de campesinos, avanzaba el forastero a trancos indecisos por el caminillo de la loma. En sus manos traía una guitarra, cuyo enjambreado vientre de madreperlas se encendía a las caricias del sol relumbrante de La Retamilla. A trechos la comparsa se detenía, y el hombre, punteando el instrumento, entonaba a media voz coplas de loores y salutación al onduloso paisaje de verdes rinconcitos que se extendían bajo sus ojos. Y tornaban todos a caminar, graves y curiosos. Y tornaban a detenerse, escuchando al hombre de tostadas barbas que de nuevo volvía a cantar.

De pronto, apareció en el filo de una loma vecina otra comparsa de gentes, que avanzó un instante por entre los cardos de la placeta, como al encuentro de la primera, y se detuvo a su vez. Y se oyó acá, entre los del primer grupo en espectación, el esforzado bordoneo de otra guitarra, que venía por sobre las lomas, tal un sonoro enjambre de insectos invisibles. El hombre de las barbas nazarenas dobló la cabeza, y se quedó escuchando el eco impensado de esa guitarra. Y

esa guitarra lanzó unos últimos grávidos acordes, en el silencio diáfano de la hondonada; y entonces el forastero, adelantándose un trecho, pausadamente, con la vista fija en el grupo que estaba allá abajo, volvió a detenerse, al mismo tiempo que hacía una comedia reverencia, y estrechando contra su pecho el instrumento, comenzó a cantar:

«Aquí vengo... vengo... vengo»...

Se acalló su voz, titubeante; enredada quizá en qué oculta emoción o quizá en qué repentina indecisión o inexperiencia. Las gentes que le acompañaban le miraron; algunos con gesto estupefacto, e intrigado, otros, con desconfiado gesto malicioso. ¡Chis! ¿esa era la bulla...? Pero ya la voz resuelta, vibrante y hermosa del cantor, les volvió a los ojos la respetuosa curiosidad:

«Mi padre muy venerado,
aquí vengo de rodillas
implorando su perdón,
a usted y toda la familia.

Implorando su perdón
a usted y toda la familia...

Vengo, vengo de muy lejos,
andando de noche y día,
a traerle estas dos prendas
que usted tenía perdidas.

Que usted teeenía perdíiiiias... »

Interrumpió aquí, desde los cardos de la otra loma, el resonar suplicante de la guitarra del desconocido, el rasgueo vehemente de la guitarra pulsada por un hombre de cabeza cana, hacia el que se volvieron ahora las miradas curiosas. y se alzó la voz... se alzó una voz premiosa, de iguales inflexiones a la que acababa de apagarse; pero más profunda, aunque no tan vibrante y diestra, que respondía a la otra:

«¡Rium... trrrurrrriuummm... riummm

«Acérquese, hijo, a esta loma;
venga ya sin dilación;
para ver si usted es mi hijo
y darle aquí mi perdón.

Acérquese, hijo. A mi casa
ya me lo trae el Señor,
y las prendas que usted trae
ya no importa de quién son... »

Calló, la voz famosa, la voz por tanto tiempo olvidada, de don Rupa Jiménez; mientras volaban de las cuerdas afinadas los últimos rasgueos. Calló, el viejo, y las gentes que le rodeaban comenzaron a removerse en torno de él. Pero, acá, la voz del hijo, de Manuel María, se derramó de nuevo, como una nubada raudalosa, por sobre las lomas espectantes; y todos, acá y allá, volvieron a quedarse quietos, en silencio, escuchando:

«Las prendas que yo le traigo,
padrecito, de usted son:
la guitarra que le canta
y el corazón que le habló.

Se las traigo hasta sus manos
por orden y ley de Dios;
la guitarra está nuevita,
y arrugado el corazón . . . »

No pudo responder, durante unos largos instantes, la voz del buen viejo don Rupa Jiménez. ¡Su hijo le traía la guitarra! ¡Se la traía . . . ; la había guardado, y la traía nuevecita! ¡La había guardado, y cuidado . . . ! ¡Y traía, el hijo, Manuel María, el corazón arrugado . . . ! ¡Había sufrido, entonces, el hijo! ¡Había sufrido, y el que sufre, aunque tenga «corazón de molle» . . . ! Como respondiendo a los sentimientos piadosos y consoladores del padre, el hijo, a medida que avanzaban a intermitencias ambos grupos por los caminitos deshechos de las lomas, fué cantando, al son de las cuerdas quejumbrosas, sus andanzas, sus caídas, sus aventuras y desventuras, desde que se marchó de la casa del padre, llevándose la guitarra . . . Cantaba, y se confesaba ante su padre y ante todos los oyentes y presentes, hombres y mujeres y chiquillos de la Retamilla que habían acudido, unos, a encontrar al forastero al alto portezuelo de la cuesta, donde le habían visto la tarde anterior los carreteros catalpicanos que

volvían del molino; y otros, a acompañar y asistir al buen don Rupa, de toda su vida. De toda su vida trajinante, por los caminos. A veces trabajaba... Al principio, holgazaneaba y cantaba por las chinganas de los pueblos, e hizo diabluras y cosas malas junto con los mozos y las mozas de su edad; y después, tuvo hambres... y se acordaba de la casa; y de los coscorrones que le daba la buena madre, y del buen amor silencioso del padre...; y vendió todas sus prendas y todas las cositas que se llevó de la casa...; pero la guitarra no la tocó ¡ninguna mano extraña tocó nunca la guitarra de su padre! Después trabajó; pero siempre tuvo mala suerte (el Señor quería castigarlo...), y anduvo de una parte a otra romanceando, y hundiéndose en los años y en el desamparo. Y quiso volver al hogar, a comer el honrado pan amasado por la madre...; y ahí estaba, Señor, «con el corazón arrugado», de rodillas ante su padre, pidiéndole perdón...

Insensiblemente, andando a trechos y a trechos deteniéndose y cantando, habían bajado y repechado los dos cantores hasta llegar al campito bajo de una puntilla, seguidos siempre de sus cortejos; y ahí se detuvieron, frente a frente, junto a unas manchas de sombreros molles. El viejo, a veinte pasos de su hijo, cantaba ahora, ceremonioso y cejijunto; y le salía el canto, con llanto. ¡Lo mismo que cuando se le murió el hijo pequeñito!... Y Manuel María, mojados los pardos ojos en el rostro castigado, inclinaba el cuerpo hacia adelante, como haciendo fuerzas por contener los

desamparados ímpetus de su corazón. Cuando el padre con su voz más profunda, y con los más profundos rasgueos de su arte desgarrando los nervios gimientes de la guitarra, cantó, al fin:

«Hijo lindo, soy su padre
y no soy su confesor;
venga, venga hasta mi pecho . . . » ;

el hijo, de pronto, en dos saltos, llegó hasta el corazón abierto ante todas las miradas oyentes, del viejo don Rupa Jiménez, y se apretó a él, llorando en ahogados sollozos, como un niño pequeño que se hubiese perdido de noche por los cerros. Estrechamente apegados los dos pechos sonoros, padre e hijo lloraban en silencio; en tanto las dos guitarras, tiradas sobre los pastos secos, seguían aún resonando . . .